
Madres deprimidas

Esta obra de Anne Bar Din, concebida, estructurada y desarrollada con un gran rigor académico es, sin duda, más importante por sus implicaciones sociales que por la mera contribución de índole científica.

Uno de los propósitos fundamentales de la autora es llamar la atención, en principio, sobre la circunstancia de que la depresión no es un problema clínico que pueda atenderse con fármacos, esto es; que no se trata de una enfermedad, sino de una reacción normal del individuo ante acontecimientos vitales que le causan un dolor insoportable; es, pues, sufrimiento por causas de origen externo.

Desde luego, los factores que la ocasionan trascienden cualquier tentativa de clasificación, pues es difícil ponderar y medir las características de aquello que para un ser humano constituye un acontecimiento traumático. Lo que sí vale la pena destacar es que la depresión interfiere en el desarrollo de la actividad individual y social de las personas.

Sobre los supuestos básicos anteriores, Bar Din aborda el aspecto

de la incidencia de la depresión entre hombres y mujeres, para concluir que los porcentajes son equivalentes, y destacar que si el campo de estudio particular de su obra se ha demarcado en torno al sexo femenino es porque las mujeres son madres en potencia. Este hecho obvio remite también a considerar la obviedad de las repercusiones que la depresión puede tener en principio sobre la encargada y responsable de la crianza de la prole (tal es el caso en toda sociedad) y, en segunda instancia, directamente sobre los hijos.

Si la función de la madre en las etapas tempranas de vida de sus hijos (lactantes y niños pequeños) supone proporcionarles cuidados, proximidad física, enseñarles las modalidades e instrumentos de la cultura, fomentar en ellos la habilidad de comunicación y la relación con otros, elementos que pueden englobarse en dos fases denominadas de crianza y socialización, es evidente que su buen desarrollo supone también la presencia de una madre atenta, disponible, emocionalmente sana.

Una mujer deprimida es, ante todo, un ser desinteresado en su entorno, de frágil equilibrio emocional, propenso al desasosiego; en suma, ajeno al mundo exterior. Y ello reviste la mayor importancia porque, frente a las demandas de

sus hijos, sus respuestas —si llegan a darse— no serán oportunas o adecuadas. Una madre en estas condiciones no podrá ayudar a su hijo a cobrar conciencia del mundo ni a relacionarse con él, ni le proporcionará los elementos necesarios que permitan un desarrollo armónico de su personalidad.

Luego de los capítulos iniciales, de sólido análisis teórico, Anne Bar Din presenta los estudios empíricos, realizados en bebés (de ocho meses) y en niños de corta edad (dos años y medio), distribuidos en dos grupos: uno de control, integrado por un binomio de madre no deprimida-hijo, y otro experimental formado por otro binomio: madre deprimida-hijo. Cabe decir que la integración de esta muestra no fue precisamente la parte más sencilla de la investigación. Sobre este particular, el libro incluye también un ameno relato sobre los recursos de los que, a veces, debe valerse un especialista para allegarse los elementos necesarios a su estudio.

Después de la aplicación de diversos *tests* y pruebas a los sujetos de la muestra (Escala de Bayley, Diario de 48 horas de Richards, Test de Permanencia Objetal de Bell, Escalas de Reynell, etcétera), la conclusión que extrae la investigadora es que, efectivamente, los

hijos de madres "normales" difieren en mucho de los de madres deprimidas.

En el plano de las conclusiones teóricas, la autora expone que los niños de madres deprimidas resienten serios efectos en su desarrollo cognoscitivo y emocional por el padecimiento materno; en el nivel de las consecuencias sociales, la investigadora ofrece a nuestra consideración un panorama sombrío: los hijos de madres deprimidas (muchas de ellas alcohólicas o farmacodependientes) crecen "marcados", tienen dificultades para adaptarse, su capacidad de aprendizaje está afectada y son emocionalmente inestables.

La maternidad y la infancia, dice Anne Bar Din, han sido, hasta hoy, condiciones mitificadas, estereotipadas. Hay mucho de idílico en sus imágenes y poca atención a los problemas reales que entrañan. Lo peor de todo es que la depresión como "padecimiento femenino" tiende a caer también en un estereotipo, lo que equivale a decir, en el estatus de "afección menor" o —más grave— "imaginaria", y no tendrá la atención que realmente merece. Si los servicios médicos y la sociedad en su conjunto perseveran en esta actitud, lo que se avizoran son problemas sociales de gran envergadura cuya solución podría escapársenos de las manos.

Por último, en abono de Bar Din y en reivindicación de los estudios de psicología en general, habrá que decir que la lectura de *La madre deprimida y el niño* produce una grata sensación por su saludable distanciamiento de las clasificaciones y análisis eruditos en jerga tecnicista (elaborados comúnmente para solaz o crítica del colega o compañero de cubículo), en aras

de una auténtica difusión del conocimiento y de una vuelta a la dimensión social, humana, de los problemas que afectan la psique.

Patricia Escandón

Anne Bar Din, *La madre deprimida y el niño*, México, Siglo XXI, 1989, 164 p.